



SU
OMEGA
PROHIBIDA

LOS OMEGAS REALES

P. JAMESON
KRISTEN STRASSEL

Kristen Strassel

Su Omega Prohibida

«Tektime S.r.l.s.»

Strassel K.

Su Omega Prohibida / K. Strassel — «Tektime S.r.l.s.»,

Una omega rebelde pondrá de rodillas a este rey alfa... Escabullirse en la fiesta real se castiga con la muerte, pero si algo no cambia en las Tierras Yermas, moriremos de todos modos. Solo esperaba cortejar a un lobo beta, alguien que pasara por alto mi bajo estatus ayudaría a mis amigas y a mí a tener una vida mejor. En cambio, llame la atención del rey Adalai. Conocido por ser despiadado con la justicia omega. Tal vez no habría daño en un baile. En un beso caliente... Cuando entro en calor, no hay que ignorar lo que soy. Especialmente lo que no puedo tener. Pero no me negaré al Rey, y me sigue de regreso a las Tierras Yermas. Si él rompe sus propias reglas por mí, ¿Reunirá a nuestra gente o comenzará una revolución?

© Strassel K.

© Tektime S.r.l.s.

Содержание

Tabla de Contenido	6
CAPITULO UNO	8
CAPITULO DOS	11
CAPITULO TRES	15
CAPITULO CUATRO	18
Конец ознакомительного фрагмента.	22

Tabla de Contenido

[Su Omega Prohibida \(Los Omegas Reales, #1\)](#)

[CAPITULO UNO ADALAI](#)

[CAPITULO DOS Zelene](#)

[CAPITULO TRES Adalai](#)

[CAPITULO CUATRO Zelene](#)

[CAPITULO CINCO Adalai](#)

[CAPITULO SEIS Zelene](#)

[CAPITULO SIETE Adalai](#)

[CAPITULO OCHO Zelene](#)

[CAPITULO NUEVE Adalai](#)

[CAPITULO DIEZ Zelene](#)

[CAPITULO ONCE Adalai](#)

[CAPITULO DOCE Zelene](#)

[CAPITULO TRECE Adalai](#)

[CAPITULO CATORCE Zelene](#)

[CAPITULO QUINCE Adalai](#)

[CAPITULO DIECISEIS Zelene](#)

[CAPITULO UNO Su Omega Desafiante](#)

[OTROS LIBROS POR LAS AUTORAS](#)

[ACERCA DE LAS AUTORAS](#)

Una loba rebelde pondrá de rodillas a este rey cambiaformas...

Ella cambió mi vida tan pronto como la vi en la fiesta. Nadie sabía quién era ella, pero no me importaba. La haría mía, sin importar el precio.

Esta belleza amenazaba con costarme todo.

Ella era una humilde omega. La clase de lobo que mi padre declaró enemigo al comienzo de esta guerra interminable. Ahora soy el rey y romper las reglas por ella podría costarme mi corona. El apareamiento con una omega de voluntad fuerte era el menor de mis problemas.

¿Zelene, con sus sueños de revolución, unirá el reino o lo desgarrará?

Su Omega Prohibida

LAS OMEGAS REALES

Libro uno

Por

P. Jameson

Kristen Strassel

Traducido por Enrique Laurentin

PJAMESONBOOKS.COM | KRISTENSTRASSEL.COM

Su Omega Prohibida

Derechos de Autor © 2019 por P. Jameson y Kristen Strassel

Primera publicación electrónica: agosto de 2019

Estados Unidos de América

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, redistribuirse o transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, ni almacenarse en ninguna base de datos, sin el permiso previo por escrito del autor, con la excepción de citas breves contenidas

en revisiones críticas. La reproducción o distribución no autorizada de este trabajo protegido por derechos de autor es ilegal. Ninguna parte de este trabajo puede escanearse, cargarse o distribuirse de otra manera a través de Internet o de cualquier otro medio, incluidos los electrónicos o impresos sin el permiso por escrito de las autoras.

Los personajes y eventos en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y el autor no la ha previsto.

Diseño de Portada: Sotia Lazu

P. Jameson | Kristen Strassel

www.pjamesonbooks.com

www.kristenstrassel.com

--	--	--

CAPITULO UNO

ADALAI

Otra batalla ganada. Otro enemigo pisoteado bajo mi vigilancia. Y la emoción que generaba en mi sangre era como una droga de la que nunca quise liberarme.

Caminé hacia mi balcón, entrando en la noche y lancé mis puños apretados al aire triunfante mientras miraba a mi gente que llenaba las calles de abajo. El rugido de un gruñido feroz creció en mi pecho hasta que explotó en mi garganta, cruel e inhumano. Y el rugido atronador resultante desde abajo me dijo que los otros también estaban borrachos de victoria.

Esta noche, habría mucha celebración.

Mañana habrá una celebración. Una fiesta digna de un rey y su corte, para mostrarle a la gente de Luxoria que su líder era lo suficientemente poderoso como para derribar a los grandes humanos que querían capturarlos y estudiarlos.

Por primera vez en mucho tiempo, Yo, el Rey Adalai del Weren, merecía mi lugar en el trono.

Yo era alfa. Yo era poderoso Poseía el puto terreno donde mi gente caminaba.

Y a diferencia de mi padre, nadie me lo quitará.

Volví a la sala de reuniones donde mis asesores más cercanos esperaban mi orden.

"Informe", gruñí, caminando por el suelo. Mi polla estaba dura por la batalla. Solo el asesinato la ponía de esta manera. Necesitaría una mujer esta noche. Tal vez una beta curvilínea para enredarnos. Quisiera que me trajeran una, una vez que completara la revisión.

Evander, Solen, Cassian y Dagger se pusieron de pie, apretando los puños ensangrentados, con el pecho retumbando como el mío. Cada uno de ellos era un alfa por derecho propio, probablemente debían abandonar la batalla igual que yo.

Haremos esto rápido.

"Las tropas nos atacaron desde todos los lados, incluido el sur", anunció Evander.

"El sur. ¿Se acercaron a las Tierras Yermas? El territorio hacia el sur estaba reservado para los desplazadores omega. Los que fueron desterrados después de La División. Y era un estéril desperdicio muerto.

Dagger, que estaba a cargo del sur, asintió. "Un error, por supuesto. Los omegas los hicieron huir incluso antes de que llegaran las fuerzas reales."

"¿Pérdidas?" Yo pregunté.

"A solo ocho del este," rugió prácticamente Solen.

"Doce del oeste". Cassien sonrió, sus ojos brillaban oscuros con sed de sangre. "Pero pregúnteme cuántos derribamos. Porque ese número es mucho más impresionante".

Evander gruñó una advertencia. "Cuatro del norte", dijo. "Dos de ellos jóvenes que estaban llegando a su año alfa".

Es una pena. Pero los que eran lo suficientemente débiles como para morir no eran lo suficientemente fuertes para la manada.

Miré a Dagger. Ya sabía su número, pero esperé a que respondiera de todos modos.

"Cero de las Tierras Yermas". Parecía satisfecho. "Los omegas se fortalecen incluso a medida que se debilitan".

Lo que no debería alegrar al bastardo enfermo. Pero Dagger no era normal. Era lo que lo hacía perfecto para vigilar las Tierras Yermas.

Observé a mis hombres a mí alrededor. ¿Qué era normal de todos modos?

Éramos de la realeza, pero no éramos refinados.

No éramos apropiados, y ciertamente no civilizados. Pero éramos mejores que la inmundicia que vivía más allá de las puertas en las Tierras Yermas. Teníamos tecnología que nos mantenía alimentados y viviendo en una tierra verde y exuberante. Se mantuvo el agua que fluía por nuestra ciudad. Teníamos fábricas donde omegas trabajaban para producir la mejor ropa, muebles y artillería. Teníamos entretenimiento, camas suaves y todos nuestros corazones deseados con un chasquido de un dedo.

Pero todo era un gran esquema. Un disfraz que usamos.

Porque por dentro todos éramos bestias.

Y no era más evidente que en el campo de batalla donde aplastábamos a nuestros enemigos humanos como arcilla seca en nuestros puños.

Ganado.

En algún lugar, en el fondo de cada uno de nosotros, había un lobo encerrado, incapaz de encontrar la salida. La capacidad de cambiar se había ido desvaneciendo lentamente durante décadas, hasta que el antiguo rey, mi padre, era el único de nosotros que podía. Y a pesar de toda nuestra tecnología y avances abandonados por Dios, nadie parecía saber por qué. Finalmente, incluso él había sucumbido al obstáculo.

Hasta que no pudiéramos cambiar y ser nosotros mismos, nunca estaríamos realmente satisfechos.

Pero pelear, follar y beber el vino de nuestra gente ayudó a aliviar el aguijón. Así fue como pasamos nuestros días y noches.

Era una existencia vacía pero era mejor que más allá de las puertas. Mejor que el de los omegas. Y los humanos supervivientes con los que luchamos.

"Vayan", les dije a mis hombres. "Encuentren betas para calentar sus camas. Se los merecen. Mañana celebraremos".

Asintiendo, salieron sin decir nada.

Caminando hacia la barra, me aflojé la capa de la ingle y la dejé caer al piso de piedra, dándole a mi polla el espacio que necesitaba. Se destacaba ante mí dura, dolorida e implacable. El bulbo pulsante al final me aseguraba que estaba demasiado lejos de desaparecer por sí sola. Y la idea de llevar una beta a la cama otra vez... no me dejó sin aliento.

Vertí una copa de vino y me la llevé a los labios, degustando el rico sabor antes de cruzar la habitación para sentarme en el exuberante sofá que mi escudero beta insistió que tuviera. Era bastante cómodo, pero no me brindó la comodidad que necesitaba.

El reino que mi padre y otros habían construido estaba bajo amenaza constante. Y la seguridad de esto descansaba únicamente en mis hombros ahora. Yo era el rey alfa.

Otros querían ese título y me combatían por él a menudo.

Si fuera menos hombre, se lo daría y me reiría mientras me alejaba, sabiendo el tipo de presión que enfrentarían.

Pero no era un hombre humilde.

Yo era el hombre más feroz de la manada. Incluso si tuviera que demostrarlo constantemente.

Esa es la forma cómo mantienes el trono. Las palabras de mi padre estaban siempre y para siempre en mi mente.

Bebiendo mi vino, pensé en los omegas que vivían fuera de la ciudad y en lo que significaba el informe de Dagger. Se vuelven más fuertes incluso a medida que se debilitan.

Hacía una vez, las omegas vivían en la ciudad como una parte próspera de la manada. Fueron tomadas como amantes, tratadas como amigas. Incluso elegidas como reinas. Mi propia madre había sido omega antes de darme a luz y convertirse en la amada de mi padre. Me pregunté qué podría haber pensado de su declaración de dejar que todas murieran en el desierto. ¿Habría desterrado a su especie si ella hubiera estado para aconsejarlo?

Mi mente se apartó de los pensamientos de mi madre mientras imaginaba cómo era la vida en la ciudad en ese entonces. Cuando éramos todos un pueblo en lugar de miembros de la realeza y omegas. Luxoria y las Tierras Yermas.

Me imaginé cómo sería tomar una omega debajo de mí. Para reaccionar a su calor, ese aroma característico que las mujeres beta nunca tuvieron. Para que nuestras hormonas chocaran y chisporrotearan como nuestra biología debía hacerlo.

La idea era sucia y prohibida.

Despiadada.

Totalmente traicionero.

Pero hizo que mi polla suplicara por un apretón de mi palma.

Y se lo di, mientras mis pensamientos vagaban más.

Qué diferente sería de los acoplamientos beta que había tenido, donde no había una demanda instintiva para reproducirse. Ninguna urgencia aparte de calmar el hambre a la rutina. Sin conexión, sin necesidad de quemar.

Ningún olor que me enloqueciera.

No hay necesidad de complacerla una y otra vez, hora tras hora, noche tras noche hasta que se hinchara con mi bebé.

Mierda.

Contuve el aliento finalmente dándome cuenta de cómo mi apretón se había apretado sobre mi nudo hinchado de la misma manera que lo haría una mujer como ella. Empujé mi puño, furioso por un lanzamiento. Excepto esta vez, en mi mente, una omega se retorció debajo de mí.

Una omega me rogaba por más, me rogaba que fuera más duro.

Una omega gemía mi nombre.

Y cuando llegué, derramando mi liberación sobre mi mano, fue con un rugido miiiii reclamando a mi omega imaginaria.

Cuando estaba agotado, sin aliento y cojeando de placer, la realización de lo que acababa de hacer me golpeó como un martillo en el pecho.

Fantaseaba con criar a un omega.

El más bajo de los mínimos. Los traidores desterrados de nuestra especie. Los que volvieron loco a mi padre al final.

La razón por la que peleábamos nuestras guerras con los humanos.

Una puta omega sucia estaba en mi cabeza.

Y fue el mejor consuelo que había tenido en mucho tiempo. Quizás alguna vez.

Nadie podría saber sobre esto.

Nadie podría enterarse de mi hambre prohibida.

Era una cuestión de vida o muerte.

--	--	--

CAPITULO DOS

Zelene

La anciana que estaba detrás de la mesa no se parecía en nada a la de antes de La División. Cuando era una niña, pasaba horas en su tienda, aburrida mientras mi madre y mi hermana tenían vestidos hechos. No se me permitía tocar ninguna de las hermosas telas de colores tan vibrantes que atraían a cada uno de mis sentidos.

Todavía no se me permitía tocar las telas.

Veía a la mujer cuidadosamente. Una omega como yo, había perdido su tienda, pero no se había rendido. Esos hermosos rayos yacían sobre una mesa abierta. El polvo del desierto apenas opacaba su brillo. Ahora era poco más que un esqueleto viviente, con su piel grisácea estirada sobre rasgos demacrados y ojos como agujeros negros, reflejando su alma. Más bien, el lugar donde debería haber estado su alma. Las omegas habían perdido muchas cosas en La División. Pero no perdería eso. Lucharía con uñas y dientes para mantener mi alma intacta. Sin importa el costo.

Moví mi mirada hacia el brillante perno de tela que había visto, y fue como si sintiera mi movimiento.

"No es para ti", espetó ella. Incluso en las Tierras Yermas, había un orden jerárquico. La supervivencia exigía respeto. Los que lo hicieron posible fuera de la ciudad tenían poca paciencia para aquellos de nosotros que trabajamos para la realeza. "A menos que esté comprando regalías".

Me moría de hambre para comprar esta tela. Mi mentira no me haría sentir más incómoda. "Lo estoy. Mi señora necesita un vestido para el baile."

No fue una mentira total. Simplemente no le diría que yo era la dama. Tomaría un tiempo acostumbrarse. En Tierras Yermas, no se pensaba en las mujeres en esos términos. Pero soñé con eso, al igual que soñé con convertir esa tela en un hermoso vestido digno de un baile real. Toda la comodidad suave y los días gentiles que vendrían con el mando de tal título. No necesitaba ser reina o princesa. Una dama lo haría.

La anciana quería dinero más de lo que le importaba la validez de mi historia. Cogió la brillante tela magenta, mirándola con mucho más respeto del que tenía por mí. "Hay lo suficiente en el perno para hacer un vestido. El precio son seis monedas de oro."

Tragando mi sorpresa con su número, que estaba cerca de lo que ganaba en un año, busqué el monedero que había asegurado en el interior de mi falda. Las Tierras Yermas aún no habían establecido nada que pareciera una ley real. El mal no era castigado. Podía arrancar el perno de tela de sus manos y salir corriendo. No había nada que ella pudiera hacer para detenerme. Al igual que no había nada que le impidiera llamarme farol y extorsionarme sobre una bonita tela.

Rápidamente, conté las monedas en mi bolso. No tenía suficiente.

"Tengo monedas de plata. El equivalente a cuatro de oro." Era todo el dinero que tenía en el mundo.

Ella sacudió la cabeza, abrazando el perno contra su cuerpo. "Un miembro de la realeza te habría enviado con oro".

"Ella me dio plata". Lo cual era parcialmente cierto. Me pagaban una moneda de plata por semana. El equivalente al cambio de bolsillo en la ciudad real. "¿Negarás a un real lo que te pidió?"

"Vuelve con oro", dijo.

"Ella me dio plata", repetí. Esperaba una negociación, pero cuando no llegó, me alejé decepcionada. Encontraría otro vestido para llevar a la próxima fiesta del castillo. El hecho de que una omega como yo pudiera ser asesinada por pisar dicha fiesta era totalmente irrelevante. Iba a ir.

"Niña." Al principio, no estaba segura de que ella se refería a mí y seguí caminando. "Niña. Tomaré la plata".

La mujer me dio una sonrisa sin dientes cuando regresé a su mesa. Cualquier cosa era mejor que nada, cada omega en las Tierras Yermas lo sabía.

Me temblaban las manos cuando le di las monedas. Durante la próxima semana, solo podría comer cuando trabajara en el castillo. Si alguno de los colectores llegara a la cabaña que compartía con otras cinco omegas, él exigiría su pago como lo creyera conveniente.

Pero para tener la oportunidad de entrar en la vida technicolor de Luxoria, valía la pena.

La mujer envolvió con amor la brillante tela en arpillera.

"¿Bordaste esto tú misma?" Yo pregunté. "Mi Lady querrá saber".

Recé para que no preguntara quién era mi Lady. Sí, trabajaba como sirviente, pero si usaba mi acceso a la realeza para mi propio beneficio, podría perder mi trabajo. Sin mi trabajo, tendría que vender lo que tuviera en el mercado abierto de las Tierras Yermas. Moriría antes de unirme a las filas de las prostitutas que entregaban sus cuerpos a los Alfas, esperando a cambio algunas monedas de cobre. La mayoría de las veces, los hombres de la realeza se satisficieron y no dieron nada a cambio.

La anciana asintió, el orgullo brillaba en su rostro. "Sí. Manualmente. Cuando todavía tenía una tienda."

"Ella apreciará tu trabajo", le dije.

Cuando la anciana me entregó el paquete, lo retiró. Por un momento, pensé que tenía la intención de robarme. Que tenía la intención de quedarse con mis monedas y mi compra.

"No dejes que nadie te vea con esto hasta que llegues al castillo", dijo. "Pensarán que estás afirmando ser algo que no eres y serás castigada".

"Lo mantendré en secreto, como si mi vida dependiera de ello". Porque lo hacía.

"¿Qué demonios crees que estás haciendo?" Mi hermana Tavia estaba parada en la puerta de nuestra barraca, su reflejo llenaba el espacio vacío en el espejo polvoriento. Iba a tener una bocanada de polvo del desierto si no levantaba la mandíbula. "Si te atrapan con el vestido de la Dama, serás castigada".

"No es el vestido de la Dama". Podría haber sido un poco vaga con los detalles cuando dije que traje el vestido a casa para trabajarlo. Dejé que mi hermana y las otras tres mujeres que compartían esa choza estrecha y destartalada pensarán que me lo había llevado a casa para coser y ganar dinero extra. No todos trabajaban en el castillo, pero todos deberían haber sido lo suficientemente inteligentes como para saber que a mis empleadores no les importaba si ganaba dinero extra. "Es mío."

"Zelene", jadeó. "¿Qué demonios estás haciendo?"

"Hay una fiesta en el castillo esta noche para celebrar la última victoria militar". No hice el vestido con esta fiesta específica en mente, pero en el castillo, parecía que siempre había una fiesta. Salas llenas de alfas, betas y miembros de la realeza, todos borrachos y sin ninguna preocupación en el mundo. Como omega, había trabajado muchos de ellos.

Tavia sacudió la cabeza. "Te matarán".

Delicada. Como si realmente estuviera viviendo.

"¿Qué es esto?" Yo levanté mis manos. Mi vestido, que abrazaba mis curvas con ricos magentas y dorados, era la parte más glamorosa de las Tierras Yermas. La luz del día brillaba a través de los listones torcidos de las paredes de nuestra casa, y todo estaba cubierto con una capa de polvo del desierto de color marrón rojizo. Hizo de la vida en las Tierras Yermas unidimensional, triste y sin esperanza. "Esto no es vivir. Esto es existir Pero si consigo esto..."

"No lo harás". Tavia recientemente fue despedida de su trabajo en el castillo, sin dar explicaciones, sin segundas oportunidades. Ahora estaba luchando por encontrar algo, cualquier cosa para no caer en la red de tráfico que tantas mujeres omega se vieron obligadas a sobrevivir.

Después de La División, los omegas fueron despojados de todos los derechos de los cambiaformas. Las leyes que protegían a los residentes de Luxoria ya no se aplicaban a nosotras. Se rumoreaba que si el Rey Adalai alguna vez cambiaba a su verdadera forma de lobo, podría levantar sus duras reglas en las Tierras Yermas. Pero si los omegas sabían algo, era que los sueños rara vez se hacían realidad.

Trabajar en el castillo nos había ofrecido cierta protección, excepto cuando nos enfrentamos a aquellos que pensaban que nuestro trabajo nos daba privilegios. También había una jerarquía entre los omegas. Y Tavia estaba desesperada por no caer por el suelo directamente al fondo.

"¿Me veo como una omega en este vestido?" La desafié.

Una tormenta salvaje de emoción se arremolinaba en sus ojos. Yo sabía lo que era. Desesperación. Exactamente por qué tuve que aprovechar esta oportunidad.

Ella sacudió la cabeza, desesperada como siempre. "Ellos lo sabrán. Verán el polvo en tu piel y escucharán el ruido en tu vientre. Eres demasiado flaca para ser cualquier cosa menos una omega. Tus mejillas están demasiado rosadas por el sol. Ningún vestido puede ocultar eso.

"Después de unos vasos de hidromiel, lo único que les importará es un lugar para meter la polla".

La cara de Tavia palideció. Ella también me había estado ocultando secretos. "Conoces las leyes. Si alguien en la ciudad real intenta aparearse con una omega, lo matarán".

No necesitaba aparearme con cualquiera. Necesitaba un hombre que no fuera omega que se fijara en mí.

"Tengo que probar." No quería llorar. Me puse maquillaje para los ojos, lo poco que pude sacar de contrabando del castillo, y no quería estropearlo. Esta noche, no era una omega. Si mi plan funcionara, podría criar a Tavia y a todos nuestros amigos. Podrían quitarme todo, pero había escondido mis sueños en un lugar donde ni siquiera el rey podría alcanzarlos. "Si nada cambia, moriremos de hambre, y eso sí tenemos suerte". Temo por ti, Tavia. Haré lo que sea necesario para que no tengas que venderte noche tras noche".

"Eso es exactamente lo que estás haciendo". Se tapó la boca con la mano. La emoción aumentó el volumen de su voz. Sabía que no podía detenerme, pero también sabía que no debía llamar la atención. "Te estás vendiendo a alguien a quien no le importa si vivimos o morimos".

"A nadie le importamos". Por diseño, había muy poca lealtad entre los omegas. No podríamos ser una manada sin un alfa. Las mujeres que vivían en esta cabaña hicieron todo lo posible para cuidarse unas a otras. Pero habían tomado nuestras voces y nuestro poder. Todo lo que teníamos era consuelo y simpatía. Queríamos mucho más. "Estoy dispuesta a aprovechar esta oportunidad para mejorar nuestras vidas. ¿Y si una noche pudiera cambiarlo todo?"

"Siempre fuiste una soñadora". Los hombros de Tavia se suavizaron una vez que se dio cuenta de que no podía hablarme de esto. No hay mejor alternativa. Metió la mano en el arcón al final de nuestra cama. La caoba intrincadamente tallada permanecía cubierta por una capa de polvo sin importar la frecuencia con la que la limpiáramos, pero era lo único que nos quedaba de lo que pertenecía a nuestra madre. Todo lo demás nos habíamos visto obligadas a venderlo para comprar comida o pagar alquiler.

Tavia tomó uno de nuestros vestidos cotidianos del cofre y me lo entregó. Era tan marrón como el postre. "Ponte esto hasta que llegues al castillo. No llames la atención en las Tierras Yermas".

Me lo puse sobre la cabeza, y así, la magia de mi hermoso vestido desapareció. Solo hasta que llegué al castillo. Con mi nuevo vestido, podría ser quien quisiera. Beta. Alfa. Realeza.

"Gracias", le dije. Tavia no tenía que ayudar. Incluso si ella fuera mi hermana, todo lo que tenía en todo el mundo, podría haberme denunciado. Si lo hiciera, no viviría para ver la medianoche.

"Me encanta que aún puedas soñar". Ella me abrazó. "Un día, espero poder volver a hacerlo también".

--	--	--

CAPITULO TRES

Adalai

El sol caía rápidamente detrás del horizonte de las fronteras de la ciudad y la fiesta estaba en su apogeo. Me senté, mirando desde mi trono mientras varias mujeres beta bailaban con la bulliciosa música que llenaba el salón. Empujaban sus caderas y balanceaban sus cuerpos para que sus vestidos se movieran de un lado a otro, revelando trozos de carne exuberante para llamar la atención de los varones hambrientos que estaban cerca.

La seducción estaba funcionando.

Los guerreros alfa silbaban y miraban a las betas como si fueran un nuevo premio que ganar en la batalla. Pero, ¿qué tipo de premio se ganaba por sumisión? Cuando se arrojaban contra un hombre en lugar de hacerle probar que era digno.

Era jodidamente aburrido.

Y no era el único que pensaba eso.

A mi derecha estaba Evander, vestido con el mismo atuendo formal que el resto de nosotros, su rostro sin emociones como una hoja de papel en blanco. A mi izquierda estaba Solen, inquieto como si no pudiera esperar para terminar con la formalidad para poder encerrarse y cumplir su actividad favorita... joder. Incluso Cassian, que era naturalmente más alegre que el resto de nosotros, parecía molesto como el infierno. El único que no se encontraba por ningún lado era Dagger.

Pero las masas, al parecer, estaban enamoradas de las hembras danzantes. Entonces lo dejé pasar.

Dejé que mi cáliz colgara entre mis dos dedos medios mientras lo sostenía sobre el brazo del trono. Sin decir una palabra, una sirvienta omega lo rellenó con vino fuerte. No se permitía la entrada de omegas a la ciudad al anochecer, sino en ocasiones especiales, como celebraciones de batalla, cuando se necesitaban más allá de las horas asignadas.

Doblar las reglas estaba bien mientras eras rey, y mientras tuvieran poca importancia. Curvas leves en lugar de ángulos agudos.

Entonces, ¿qué pasaría si algunas omegas tuvieran que encontrar el camino de regreso a las Tierras Yermas a la luz de la luna? Las hacía más fuertes, ¿no es así, las luchas que sufrieron debido a La División? Eso es lo que sugirió Dagger. Y además, no era adecuado para un real servirse a sí mismo.

Escaneando la multitud mientras bebía, tomé la variedad de colores que le daban a la habitación una sensación casi llamativa. Brillantes vestidos de seda azul y verde y morado. Rosas de color rojo sangre, rosa intenso y amarillo como el sol. Rociado entre todos los tonos brillantes estaba el brillante cuero negro de los machos alfa. La multitud se movía como una ola multicolor y mi mirada flotó sobre ella hasta la entrada más alejada, contando los minutos hasta que pudiera caminar por ese arco y regresar a mis habitaciones. Los libros antiguos que se alineaban en mis estantes eran un entretenimiento mayor que este, incluso escritos por hombres que vivían en una América de tiempos pasados.

Una mujer apareció en la entrada como si la hubiera conjurado de la nada. Una que no reconocí. No era que conociera a todas las hembras de nuestra manada. Pero definitivamente no era una persona que frecuentara las fiestas reales.

La medí desde el otro lado de la pista de baile.

Su vestido sería llamado exquisito por las damas. Su cabello castaño oscuro estaba trenzado en una corona alrededor de su cabeza. Ella mantenía sus hombros en alto, como si perteneciera aquí. Como si hubiera nacido de sangre real en lugar de la sangre más común de los betas.

Pero fueron sus ojos los que llamaron mi atención cuando nada más pudo. Tan amplios y llenos de asombro que podía ver el azul de ellos incluso desde la distancia. Su cara no estaba muy maquillada como las otras mujeres en la habitación. Su maquillaje era tenue, lo que me permitió captar cada una de sus expresiones.

Asombro, sorpresa y pistas de duda que rápidamente se cubrieron de deleite mientras sus ojos bailaban alrededor de la habitación tomando pequeños sorbos de todo. Su mirada parecía permanecer más tiempo en las rosas. ¿Le gustaban a ella?

Me encontré deseando que hubiera aún más espacio en el pasillo solo para poder verla disfrutar su experiencia por más tiempo.

Sin apartar los ojos de ella, me incliné para preguntarle a Evander: «La mujer que acaba de entrar. ¿Quién es ella?»

"No estoy familiarizado con ella".

El tono de su respuesta hizo que mi atención se desviara de lado para medir su expresión. La miraba igual que yo, con interés.

Un gruñido retumbó en mi pecho, no lo suficientemente animalista, no casi. Quería a mi bestia ahora más que nunca. Mi lobo estaría fuera de mi cuerpo tan rápido y en su garganta...

"Aléjate de ella", le advertí.

Vi su frente transformarse en un ceño fruncido mientras se giraba para mirarme. "¿Es una orden, mi Rey?"

"Sí. Y eso va para todos ustedes", les dije a los demás por si ellos también la querían.

Ella era mía.

Mía hasta que me aburra de ella.

Y sucederá. Por supuesto que sí.

Porque esta existencia estaba demasiado vacía para esperar algo más. Viví para defender a nuestra gente de los humanos. Para asegurarse de que prosperaran y se multiplicaran y se hicieran fuertes. Viví para guiarlos hacia el mañana, lo que sea que pudiera contener. Y luego al día siguiente, y el siguiente.

Tener a alguien a mi lado nunca fue parte del trato.

Tener a alguien suave con quien volver a casa estaba tan lejos que ni siquiera podía dejar que la idea se arraigara en mi mente.

Tragué saliva mientras veía a la bella mujer dar un paso hacia la multitud, sus ojos muy abiertos se movían constantemente.

Hasta que aterrizaron sobre mí. Y ella se quedó completamente quieta.

Como si ella olvidara respirar.

¿O era que mis propios pulmones estaban fallando?

Su mirada de zafiro chocó con la mía durante incontables segundos antes de alejarse. Cayó al suelo como una cascada de hojas de otoño y mi corazón se aceleró.

Mi misteriosa beta era sumisa.

Pero luego su mirada se elevó a la mía una vez más, observándola descaradamente. Como si estuviera decidiendo su próximo movimiento. Midiendo su próximo paso usando mi reacción como medidor.

Me puse de pie, sintiéndome más invencible que nunca en la batalla. Ya había captado su atención, ahora iba a conquistarla. Empezaría con un baile. Hare tantas preguntas como sea necesario para conocerla. Y luego llevarla a mi cama y mantenerla todo el tiempo que quiera.

"¿Más vino, mi rey?" preguntó la sirvienta omega, alejando mi atención.

"No." Le di mi cáliz y volví a buscar a mi mujer.

Pero ella se había ido.

Eché un vistazo a la multitud buscando su vestido magenta, pero no la encontraba por ningún lado.

¿Dónde has ido, mujer? ¿No sabes que no puedes esconderte de un rey?

--	--	--

CAPITULO CUATRO

Zelene

Pasé mi primera prueba, manteniendo los ojos desviados mientras atravesaba el punto de control en mi camino hacia Luxoria. Los mismos guardias intercambiaban turnos todos los días, y me conocían. No necesitaba mostrar la identificación que los omegas tenían que mantener en todo momento. De esa manera, nunca podríamos confundirnos con alguien que no éramos. Alguien que pertenecía a la ciudad real.

"¿Trabajando en la fiesta esta noche?" preguntó el guardia. Me aseguré de ponerme en la línea del que sonreía y contaba chistes casi todos los días. No todos eran tan amables como él. Si me metía en la línea equivocada, podría haber explotado mi cubierta.

"Sí." Algo así.

"Ten cuidado." Se hizo a un lado para dejarme pasar. Solo entonces noté que todos los guardias tenían armas semiautomáticas. "El castillo no siempre era el lugar más seguro para estar en la ciudad".

Yo era una mujer omega. Ningún lugar estaba a salvo.

Los otros omegas que trabajaban en la fiesta habían estado en turno durante horas. Al deslizarme por la entrada de servicio, donde generalmente entraba al castillo, me aseguré de que no hubiera nadie cerca mientras me ponía el vestido uniforme sin forma sobre mi cabeza y lo escondía junto con mi tarjeta de identificación en un estante de la despensa, detrás de una bolsa de azúcar. Ollas y sartenes resonaron en la distancia, y no tuve tiempo de demorarme. Trabajaba en la cocina, y estar aquí, vestida así, era peligroso. Mis compañeros de trabajo no eran necesariamente mis amigos. Me denunciarían para evitar ser castigados.

Después de doce años trabajando en el castillo, probablemente conocía mejor el camino del laberinto de los pasillos traseros que algunos de sus habitantes. Tuve que moverme rápido. Ningún Alfa o beta tendría ningún motivo para estar en la cocina, especialmente uno considerado como invitado. Cualquier persona invitada al castillo solo vio lo mejor que el rey tenía para ofrecer, y el personal vio todo lo demás.

Salí de las sombras antes de recuperar el aliento. Mi corazón se aceleró cuando entré en el gran pasillo, como si ahora me diera cuenta de lo que realmente había hecho. La enormidad de esto. Las consecuencias.

Mi hermoso vestido me había parecido tan lujoso en el contexto del polvo y la desesperación. En comparación con los vestidos que me rodeaban, era demasiado corto, demasiado ajustado y no lo suficiente como para vender la historia a la que pertenecía aquí. Peor que eso, la falda hasta la rodilla mostraba la suciedad en mis pies. No había pensado en los zapatos hasta que fue demasiado tarde, y llevaba las mismas zapatillas cansadas que llevaba cada dos días que venía a este castillo. Tavia me ayudó a trenzarme el cabello. Pero no tenía los rizos, las flores o las tiaras con joyas de las mujeres que me rodeaban.

Me tragué el nudo en mi garganta seca. Esta noche moriría con este vestido. Pero primero, experimentaría un baile real como nunca antes.

Un camarero que no reconocí me ofreció una bebida en un vaso estriado. Quizás no era omega. El castillo traía gente para ayudar con las grandes fiestas, para las más importantes, incluso contrataban betas. Lo miraría Quizás él era la respuesta a mis problemas.

Tomé un sorbo. Champán. ¿Cuánto tiempo hacía que no había probado la bebida espumosa? Una vez me arriesgué a probar en las cocinas cuando nadie miraba. Ahora, podría beberlo libremente. Me di otro sorbo largo, saboreando el dulce sabor del coraje líquido. No podía dejar mi plan ahora,

era una forma segura de ser atrapada. Tenía que tener mi estado beta falso. Si no creyera en mí misma, nadie más lo haría tampoco.

Entré en el salón de baile con la cabeza en alto, imitando las acciones de la realeza que servía. Nunca los atraparían mirando sus pies sucios, evitando el contacto visual.

Una banda tocaba en la esquina, y las parejas giraban alrededor de la habitación, bailando. Otros grupos se habían formado alrededor del perímetro de la pista de baile, y una vez más, me destaqué. A todos los que conocía en esta fiesta se les pagaba una miseria para servir a los juerguistas, es decir, si tenían la suerte de recibir el pago. Pasaban muchas semanas con nada más que excusas a cambio de nuestro trabajo, si no lo encontraban satisfactorio. Como omegas, no teníamos ningún recurso, y renunciar era una sentencia de muerte. Una mala referencia del propio Rey Adalai aseguraría que nadie más se arriesgaría con nosotros. Tavia era la prueba viviente de eso.

Nuevamente, me preguntaba qué había causado su despido. Pero en realidad no importaba. Ella era la razón por la que estaba dispuesta a aprovechar esta oportunidad, para encontrar una versión beta que me ayudara a romper el ciclo. Entonces podría ayudar a mi hermana y a nuestros amigos a hacer lo mismo. De algún modo.

La pared cerca de la ventana estaba llena de rosas. Suculentas frescas acentuaban el arreglo. Antes de La División, mi madre había bordeado nuestro jardín con flores como estas. Cuando nuestra vida tenía color y estaba llena de esperanza. Fue asesinada en las batallas omega, en el frente, haciendo lo que pudo para darnos una vida mejor.

No podía decepcionarla.

Mis ojos se nublaron ante el recuerdo y tuve que apartar la mirada de las flores. Nadie lloraba en las galas reales, bueno, no delante de los invitados, de todos modos. Había derramado más que mi parte justa de lágrimas en las profundas cavernas de la cocina.

Alguien me estaba mirando. Mis sentidos de lobo estaban en plena atención. No, por favor no cambies, no aquí...

Los Omegas tenían una cosa que nadie invitó a este castillo: la capacidad de cambiar a su forma animal. Era nuestro secreto más grande y mejor guardado. Nadie de Luxoria sabía que podíamos acceder a nuestros animales. Nadie nos miró lo suficientemente cerca como para saberlo. Fuimos empujados más allá de las puertas y olvidados hasta que se nos necesitó para servir.

Si brotara piel aquí, en el salón de baile del rey, estaría muerta antes de transformarme por completo.

Me giré para mirar a los ojos del rey Adalai. Me miró como si planeara marcarme.

Congelada en mi lugar, no sabía qué hacer. Nunca antes había estado tan cerca de él. Trabajé en su casa, ayudé a preparar sus comidas, pero nunca habíamos estado cara a cara. No podía mirar hacia otro lado, sería una falta de respeto.

¿O era un protocolo para no mirar a la realeza directamente a los ojos? No era algo de lo que me tuviera que preocupar antes.

La comisura de sus labios apareció en una sonrisa que calentó mi cuerpo de pies a cabeza e hizo que los músculos entre mis piernas latieran al ritmo de mi corazón. Era un hombre hermoso, con piel y ojos rojizos que brillaban, incluso desde esta distancia. Se levantó para hablar con un hombre vestido tan ricamente como él, con pantalones de cuero negro y una chaqueta a juego. Este hombre llevaba una insignia llena de medallas en el pecho, por lo que también era importante, pero no llevaba corona.

Solo había un rey.

Los bailarines se toparon conmigo, disculpándose cuando lo que quedaba de mi champán rodó en mi copa. Ambos hombres me estaban mirando ahora. Su Majestad le dijo algo más al otro hombre, y Rielle, mi compañera de cuarto, subió al escenario con un cáliz fresco lleno de vino para el Rey.

Los hombres la ignoraron, pero Rielle era una de las mujeres más inteligentes que había conocido. Habíamos luchado lado a lado por la supervivencia muchas noches, y no había nadie con quien preferiría ir a la batalla. No celebrábamos nuestras victorias tan grandiosamente en las Tierras

Yermas, simplemente agradecíamos al universo que vivíamos para ver otro día. Miró a la multitud, con la boca abierta en una O cuando me vio.

Mierda.

El rey Adalai se volvió hacia su amigo una vez más, apartó la vista de mí y rompió el hechizo. Mi copa de champán se hizo añicos cuando cayó a mis pies. Las zapatillas sucias por las que había tratado de no llamar la atención probablemente estarían manchadas de sangre cuando el cristal roto golpeará mis tobillos.

Los bailarines se quedaron sin aliento, y omegas venían a limpiar mi desastre.

Tenía que salir de aquí.

Rielle nunca le diría a Su Majestad lo que era, pero no podía arriesgarme a que ella se deslizara hacia otra omega o que le preguntaran por su reacción. No había pensado en esto. El bonito vestido me hizo sentir especial, pero no cambiaba el hecho de que no estaba tan preparada para vivir en un mundo que no me pertenecía.

Los invitados seguían llegando, y me topé con ellos al salir del salón de baile. No pude salir por la cocina. Demasiado arriesgado. No estaba tan familiarizada con el castillo en el gran nivel, donde a la realeza le encantaba mostrar las riquezas y hacer negocios. Me metí en una habitación lateral, creyendo que me acercaría más a la puerta.

Sin mi sencillo vestido omega, tendría problemas tan pronto como saliera del castillo con este vestido. No se permitían omegas en los límites de la ciudad después del anochecer. Mis zapatillas campesinas sucias y sangrientas me delatarían. Mis pálidas piernas expuestas. Incluso si los guardias me dejaran pasar, los residentes de las Tierras Yermas se asegurarían de que nunca volviera a olvidar mi lugar.

Pero la habitación no era una salida. Sus paredes estaban hechas de vidrio, y el resto estaba empapado de color. Una alfombra oriental, sillas de cuero y flores por todas partes.

Y no había nadie más allí.

Me hundí en una de las sillas, dándome la oportunidad de recuperar el aliento. Pensar en una salida a este desastre. Me miré las piernas. El champán derramado talló ríos en el polvo de mis espinillas. Solo había una pequeña muesca del cristal roto, y la sangre gentilmente había decidido quedarse cerca de la base del corte. Lo último que necesitaba hacer era sangrar en esta alfombra. La realeza tenía tecnología que podía rastrear me con una gota de sangre en segundos.

Una puerta se cerró en el otro extremo de la habitación. Empujé mi cuerpo contra la silla, para no ser vista. Mi lobo retumbaba dentro de mí, preparándose para una pelea.

Lo olí antes de verlo. Una mezcla de whisky, vainilla y puro poder. El rey me había encontrado.

¿Qué haría una beta? Me alisé la falda y me senté derecho en la silla. Orgullosa. Como si perteneciera a una fiesta real.

Se sobresaltó cuando me vio. Solo entonces noté el escritorio gigante de caoba y la silla aún más impresionante en el otro extremo de la habitación. ¿Había entrado en esta oficina?

Podría matarme por este delito, y nadie lo sabría si Su Majestad hiciera su propio trabajo sucio. Recé para que no lo hiciera.

Me quité los zapatos y usé un pie para empujarlos debajo de la silla.

"Estas sangrando." Su voz era tan suave como parecía su chaqueta. No esperaba eso. Todos sabían de la brutalidad del rey Adalai. Una omega como yo, lo pensaba a diario. Pero la forma en que sonaba ahora solo aumentaba el extraño pulso en mi cuerpo.

Asentí, esperando disimular mi temblor. El animal que retumbaba justo debajo de la superficie de mi piel. Y ese pulso. Crucé la pierna sobre la que tenía el corte para calmar mis músculos internos.

Frunció el ceño a mis pies. No había forma de que no viera la tierra, o las zapatillas omega reveladoras que probablemente no estaban escondidas después de todo...

Nunca había estado tan cerca de un omega, dijo mi lobo. No entiende lo que eres. Tienes la oportunidad de salir de esto con vida.

Tenía que esperar que tuviera razón.

"Algunos bailarines se encontraron conmigo". Aquí estaba, diciéndole al rey las mismas medias verdades que me metieron en este lío. "Dejé caer mi copa. Mis zapatos se arruinaron. Lo siento."

"No es necesario disculparse", dijo. "Pero no entiendo por qué no bailabas también".

Inteligente real. Acababa de preguntarme con quién estaba aquí, pensando que revelaría quién era. Mi mente trabajó para crear otra de mis medias verdades con la esperanza de que cuando las uniera, de alguna manera se volverían completas.

"Mi novio está bailando". No tenía idea si era así como se esperaba que una versión beta hablara con la realeza. Todo lo que sabía era que los omegas nunca lo hicieron. Y estaba la cuestión del contacto visual. Arriesgué todo y lo miré con esos hermosos ojos de ónice. "No tengo un compañero".

Él rió. Mi corazón dejó de latir cuando se hundió en mi estómago. El único movimiento en la habitación eran mis músculos pulsantes. Este hombre tenía un efecto en mí. Tal vez era su poder, el peligro de estar tan cerca de él, pero mi cuerpo se estaba volviendo loco.

"Yo tampoco tengo pareja", dijo finalmente. "Pero me gustaría bailar contigo".

Oh.

Extendió su mano. No era suave como podría haber esperado. El rey era un guerrero que dirigía a sus ejércitos a la batalla contra los humanos. Sus manos eran ásperas con callos que se sentirían bien moviéndose a lo largo de mi piel. Sus uñas eran cortas y lisas sin signos de polvo del desierto. No llevaba ningún anillo, pero su brazalete de cuero se mantenía cerrado con un eslabón de diamantes. Mis propias manos estaban apretadas en mi regazo, húmedas por el miedo y harapientas por años de duro trabajo. Si nada más hubiera revelado mi estado, mis manos sellarían mi destino.

Tal vez no le importa. Mi lobo rogaba por vivir en el lado salvaje esta noche. Y nadie negaba al rey.

Puse mi mano en la suya, y él se la llevó a los labios para besarla. El suave contacto me sacudió.

La corriente eléctrica que atravesó mi cuerpo fue suficiente para hacerme cambiar. Cerré los ojos con fuerza, negociando en silencio con mi animal mientras Su Majestad me ponía de pie. Su otra mano estaba detrás de mi espalda, presionándome contra su cuerpo. Todo sobre el rey era duro y listo para la acción. El calor que se levantó de sus pantalones fue suficiente para derretir mi piel. Una imagen de nosotros dos desnudos, bañados por la luz de la luna, sus labios sobre mi piel, pasó por mi mente.

Respiré profundo, concentrándome en las rosas a nuestro lado.

"Te gustan esas", dijo. "Te vi admirándolas antes".

"Me recuerdan a mi madre". Finalmente, pude decir la verdad.

La mía también las amaba. Ahora mírame, mi rosa.

Ahora que tenía su permiso, me encontré con su mirada audazmente. Todavía no me había preguntado mi nombre, y me preguntaba qué le diría. Si ahora que estuviera tan cerca de él, volvería a mentir.

La verdad era tan mortal como no contarla.

Otra imagen apareció ante mí, el rey en su forma de lobo. Una forma que le había sido arrancada. Era aún más hermoso como un animal. Me armé de valor, como si tuviera que protegerlo de lo que estaba sucediendo en mi cabeza. Apenas.

Dio un paso adelante, solo faltaban mis dedos desnudos, cuando la banda comenzó su próxima canción. Mierda. Una beta conocería estos bailes formales.

"¿Quieres bailar aquí?" Esa fue una buena parada.

"Sí." El siguiente paso salió de sus caderas, y el puro instinto se hizo cargo. Me moví al compás de su cuerpo. "Ahora que te he encontrado, quiero mantener todos los bailes para mí".

Tal vez debería haber sonado como una amenaza, pero para mí y para mi cuerpo palpitante, de alguna manera sonó como... una promesa.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.